

Troja

Literaria

RAÚL RIVADENEIRA PRADA

Ediciones

SIGNO

La Paz, Bolivia, 2002

APUNTES SOBRE LA OBRA DE
RAÚL RIVADENEIRA PRADA

RAÚL RIVADENEIRA PRADA

El abogado y político Raúl Rivadeneira Prada (1907-1980) es un autor de novelas, libros de reflexiones políticas, la ópera rock Troja Literaria, los libros de la colección narrativa El Jardín de la Esperanza, así como un autor de ensayos literarios, como los de análisis del tipo de personajes de escritores argentinos y bolivianos, y un autor de obras de los cuentos como El mariscal libertario y los poemas de amor y guerra en América Latina.

Troja Literaria

Ediciones

SIGNO

La Paz, Bolivia, 2002

Serie Pulso Bibliográfico 3

© RAÚL RIVADENEIRA PRADA

1ª Edición

La Paz, Bolivia, 2002

Depósito Legal No 4 - 1 - 152 - 02

Ediciones
SICNO
La Paz, Bolivia, 2002

APUNTES SOBRE LA OBRA DE RAÚL RIVADENEIRA PRADA

El abogado y periodista Raúl Rivadeneira Prada entrega al público un nuevo libro de su fecunda pluma. La compilación Troja Literaria, en la línea de su trabajo anterior, El grano en la espiga, contiene crítica de obras literarias, semblanzas de autores, descripciones de ambientes intelectuales y un breve ensayo acerca de los vínculos entre el quehacer literario y los procesos de integración en América Latina.

Rivadeneira Prada es también catedrático universitario y miembro de número (ahora vicedirector) de la Academia Boliviana de la Lengua, correspondiente de la Real Española. Su amor a la literatura se originó probablemente en las dilatadas lecturas infantiles, facilitadas por su padre. Fue entonces cuando leyó la obra completa de Emilio Salgari, Julio Verne y Constancio C. Vigil, cuyos libros recuerda con especial cariño. A la edad de diez y seis leyó el Quijote, que le produjo una impresión duradera, junto a novelas de Charles Dickens, Víctor Hugo y Alejandro Dumas. A los diez y ocho años ya conocía ampliamente a los realistas rusos y franceses; por Fedor N. Dostoievski ha conservado hasta hoy una clara predilección.

Cuando estudiaba Derecho en la Universidad Mayor de San Andrés (1959) se incorporó al Teatro Experimental Universitario, cuya historia escribiría posteriormente. Una de sus tareas consistía en recomendar obras para llevarlas a escena. Era el tiempo del teatro de lo absurdo (Samuel Beckett y Eugenio Ionesco), pero también del teatro político y de masas (Erwin Piscator y Bertolt Brecht), dos influencias que lo marcarían profundamente. Se dedicó también a la historia del teatro en cuanto

género literario, temática casi desconocida en Bolivia.

Trabajó largos años en el periódico PRESENCIA de La Paz, del cual fue subdirector de 1987 a 1989 y director del mismo de 1998 a 1999. Durante varios períodos, fue director interino del suplemento dominical «Presencia Literaria». Desde 1983, es miembro del consejo editorial de SIGNO, Cuadernos Bolivianos de Cultura, importante revista fundada por Juan Quirós en 1956 y que sigue publicándose hoy en día. Durante seis años, fue director de «Arte y Cultura» (La Paz), separata de PRIMERA PLANA, consagrada a la difusión de textos literarios e ideas filosóficas.

Durante su prolongada labor en PRESENCIA, fue influido por la poderosa personalidad de monseñor Juan Quirós, el fundador de la crítica literaria sistemática en Bolivia. Fue el ilustre religioso quien le animó a escribir y publicar sus primeros textos, quien le guió en la búsqueda de un determinado tipo de estilo para su prosa y quien le mostró la relevancia del estudio de la poesía para comprender la literatura de una sociedad.

En la cátedra universitaria, se dedicó a la Ciencia de la Comunicación, disciplina para la cual ha escrito libros de amplísima circulación, principalmente los editados en México. Ha estudiado también los procesos comunicacionales de la política a los que ha consagrado varias publicaciones. Es de lamentar que, en años recientes, parece haber abandonado esta problemática.

Nuestro autor ha incursionado también en la creación literaria, sobre todo en el género del cuento, como lo atestiguan los volúmenes El tiempo de lo cotidiano (La Paz, Gramma, 1987) y Colección de vigiliás (La Paz, SIGNO, 1992). Algunos relatos contenidos en estos libros han sido traducidos a otros idiomas y figuran en importantes antologías del cuento boliviano contemporáneo. En su mayoría, las breves narraciones tratan temas

existenciales, pero también dejan entrever un trasfondo sociopolítico y una especie de moraleja.

Rivadeneira se ha calificado alguna vez como lector asiduo, aficionado a las bellas letras y aprendiz de crítico. Niega ser un analista literario según los parámetros académicos hoy en boga; insiste en que lo suyo es la crítica literaria tradicional y subjetiva.

En estos tiempos de una desenfrenada producción de teorías postmodernistas aplicadas a la literatura (y a todas las actividades humanas), ha conservado la sobriedad y la modestia que siempre lo han caracterizado. Y esto resulta encomiable por un importante motivo: lo que intenta, fundamentalmente, es difundir obras y autores en un medio bastante reacio a la literatura y hasta a la lectura. Es el continuador de Juan Quirós en la función clásica de esclarecer y orientar al posible lector.

Ha desarrollado una clara preferencia por obras no muy conocidas y por autores que no gozan del favor de las masas y de la moda, como Marcelo Arduz, Antonio Avila Jiménez, Hugo Boero Rojo, Guido Calabi Abaroa, Ruber Carvalho, Víctor Montoya y otros que merecerían mejor suerte en la apreciación del público. Rivadeneira evita las complicadas y abstrusas construcciones teóricas que ahora abundan entre los intelectuales bolivianos y, obviamente, entre los docentes universitarios que se dedican profesionalmente a los estudios literarios; construcciones que, en el fondo, no tienen mucho que ver con obras literarias y sí con modas provenientes de lejanas latitudes.

Los ensayos de este libro son de variado propósito. Algunos llevan el enfoque de una justa estimación, como los dedicados, por ejemplo, a Eduardo Mitre, Guido Calabi y Luis Ramiro Beltrán; a otros, se les nota un carácter celebratorio: ha querido, probablemente, rendir homenaje y dar a conocer diversas

producciones, consagrándoles algunas páginas. La elección de los autores y las obras tratadas parece aleatoria. Por otra parte, se echa de menos la ausencia de algunas obras de narradores bolivianos actualmente reputados como talentos promisorios de nuestra creación artística. Pero, aun considerando estos aspectos, ha sabido brindarnos una valiosa contribución para entender y apreciar también aquellos libros y autores poco conocidos de la literatura contemporánea.

La Paz, enero de 2002

H.C.F. Mansilla

ÍNDICE DE CONTENIDO

La clave de la existencia en un poemario de Marcelo Arduz	13
El verso cristalino de Avila Jiménez	21
Mariano Azuela, revisitado	25
Perfil literario de Luis Ramiro Beltrán	33
Hugo Boero Rojo, un romántico seducido por su Bolivia Mágica	43
La faceta literaria de Huáscar Cajías Kauffmann	51
Dos obras teatrales de Guido Calabi Abaroa	61
<i>La mitad de la Sangre,</i> con sabor a realismo mágico	67

El vuelo literario de Carlos Castañón Barrientos	71
Chávez Taborga, analista de la obra de Durán Böger	75
<i>La Paz a pie, a caballo y en tranvía:</i> nostálgica remembranza	81
El teatro de Osvaldo Dragún, voz de la libertad de expresión	85
Antropocentrismo y poesía	89
La esencia telúrica de los dioses en una obra de Gamarra Durana	95
Caída de la virtud y redención del vicio	101
Gómez Carrillo, precursor del Periodismo Literario	105
Las <i>animalversiones</i> de Coco Manto	113
<i>El aroma del verbo,</i> de Jaime Martínez	121
Yolanda Bedregal en la pupila de Eduardo Mitre	127
<i>Carta a la inolvidable:</i> canto y mensaje poético	135

<i>Cuentos de la mina:</i> primer plano para el Tío	147
Meditación y fe en la obra de Fernando Ortiz Sanz	151
Rafael Saavedra en cuatro momentos	157
El canto refulgente de Beatriz Schulze Arana	163
<i>Visiones de vida</i> , de Armando Soriano Badani	171
<i>Encuentra tu ángel y tu demonio</i> o la exaltación de la vida sensual	177
<i>Plaza Cuicuilco y otros</i> <i>cuentos de variada intención</i>	185
Literatura e integración latinoamericana	191
Índice onomástico	207

ENCUENTRA TU ANGEL Y TU DEMONIO O LA EXALTACIÓN DE LA VIDA SENSUAL

La escritora Gaby Vallejo Canedo obtuvo, en 1977, el Premio de Novela «Erich Guttentag» con la obra *Hijo de opa*, que después sirvió de base para el guión de la película «Los hermanos Cartagena». Desde entonces, su producción narrativa ha sido permanente, en una línea de claro interés por los temas sociales y políticos, desde una perspectiva ética.

Ahora ofrece, con el sello editorial de «Los Amigos del Libro», una nueva novela: *Encuentra tu ángel y tu demonio*, con la que toma el rumbo de la ficción exploratoria en el complicado mundo de los sentidos, del placer, del inescrutable destino de los seres humanos; de la eterna lucha entre el bien y el mal, del dilema interior entre seguir los dictados de la razón o dejarse llevar por los impulsos. Ese rumbo conduce a la autora a una original elaboración literaria que exalta la vida a partir de una visión de la sensualidad, en su plena significación de gusto y deleite de los sentidos, incluyendo, naturalmente, el goce sexual como un atributo humano despojado de tabúes y prejuicios; sin aferrarse, empero, a una concepción hedonista de la vida, sino, combinándola con las situaciones moldeadas por la mano del destino. Hay una concepción determinista en el desarrollo de esta novela.

La conducta humana conserva todavía muchos misterios que tratan de desentrañar los psicólogos, biólogos, sociólogos, psiquiatras y otros científicos. Uno de esos arcanos es el de la *libido sexualis* en la que Freud creyó hallar la respuesta a todos o casi todos los problemas del comportamiento. Esa fuerza impulsora de grandezas y miserias, de justicias e injusticias; perpetuadora de la especie, pero también, en muchos sentidos, destructora, es

el tema que Gaby Vallejo recoge con evidente ímpetu para darle un tratamiento peculiar.

Los hilos de la trama novelada: sensualidad-destino-exaltación del cuerpo son diestramente enlazados por la autora en un escenario rural y otro urbano del valle cochabambino. Los acontecimientos más notables transcurren desde 1917, año del nacimiento de Isaura, hasta 1967, en que se cumple el encuentro definitivo de los originales amantes, después de más de cuatro décadas: ahora ella de 50 y él de 58 años de edad.

En la literatura, hay frecuentes similitudes en temas, escenarios, personajes y estilos que manejan los novelistas. En el caso de *Encuentra tu ángel y tu demonio*, una coincidencia digna de anotar es que la espera de Isaura y Luis Darío, para consumar su amor, dura casi medio siglo, período similar al que separó a Florentino Ariza y Fermina Daza, en «El amor en los tiempos del cólera», de Gabriel García Márquez.

En la novela de Gaby Vallejo, gran parte del relato fluye desde la memoria de Isaura, el personaje principal, contando sucesos reales e imaginarios y muchos soñados. Otra parte emana de la narradora presente en situaciones especiales, como en el capítulo en que se retrata a Luis Darío, al loco Joaquín, a Porfirio e Inés. Algunas veces, hablan también con voz propia la vieja María, Luis Darío y José Alejandro.

Apenas abierto el libro, el lector se encuentra con una densa atmósfera sensorial, cuando Isaura cuenta cómo nació y cuáles fueron sus primeras impresiones al llegar al mundo, prodigiosa memoria de un neonato:

Rompo la tela que me contiene. Rompo, la piel de la mujer que me pare y se me entrega. Rompo el día. Rompo el llanto para empezar mi existencia. Soy yo. Mi piel palpita con un

roce. Es un roce tibio, suave. Viene de mí misma o de otra piel.

La piel es el órgano sensorial privilegiado en la novela por múltiples referencias que le confieren una importancia superlativa en los actos vitales, en la sexualidad amorosa, en contacto con la temperatura ambiental, con la brisa matinal, con la noche... Y desde el tacto, desde la piel, parten expediciones hacia los demás sentidos, para arribar, en el cerebro, al conocimiento de las cosas y disfrutar de la belleza tanto como para extasiarse en el placer que desencadena la ebullición de las hormonas. Casi una teoría expuesta por la autora con evidente elocuencia y firme convicción de sus certezas.

Pero algo emerge desde la intimidad y se convierte en una voz incómoda que interroga en tono de reproche:

Me pregunto qué hizo mi madre mientras me tenía en su vientre para que yo sea una buscadora de emociones, para que yo me detenga intrigada en lo que dicen las cosas a los sentidos.

También recuerda que el tacto conduce a tentaciones pecaminosas. Un viejo religioso le ha aconsejado no dejarse tocar -¡jamás!- las partes íntimas de su cuerpo, so pena de condenarse al fuego eterno del infierno, en medio de monstruosos demonios. Para entonces, la niña Isaura había pasado ya por una experiencia condenatoria en sus juegos clandestinos con un primo de su misma edad. Había encontrado, por el tacto, a su primer demonio. Por miedo a la condenación, se había prometido a sí misma no volver a tocarse ni dejarse tocar «nunca, nunca más». Para reforzar su decisión, repite doce veces, como una invocación mágica, la palabra «nunca». Pero, el deseo de la piel es más fuerte que todas las promesas. Y ese «nunca», dicho con firmeza, se convirtió en un «siempre» durante el resto de su vida. Añadiría al placer

del tacto el de la vista, otro órgano por donde se descuelga el demonio que Luis Darío tiene adentro y que domina sus ojos y sus dedos, llevándolos hacia los ojos, las piernas y la tibia entrepierna de la niña. La ruta de las sensaciones está abierta, pero moverse en ella de manera imprudente puede ser muy arriesgado:

Yo intuyo que hemos rozado el borde de algo pecaminoso, no permitido, cuyo gusto y peligro está allí, sin palabras, hablando solo por sí solo.

Algo distinto a lo que los dos hemos sentido hasta ahora. Yo tengo nueve años. El... dieciocho.

Ha muerto la madre. Inés, la hermana mayor, se hace cargo de Isaura. Advierte, alertada por comentarios que ha oído de la sirvienta María, que la niña Isaura y el joven Luis Darío mantienen una relación muy extraña. Comparte estas impresiones con su padre y éste amenaza con matar al muchacho, pero no lo hace. Envía a Isaura a la ciudad de Cochabamba para que estudie en un colegio particular. En este momento comienza la gran separación y, con ella, la angustiada soledad. Isaura, a sus nueve años, ama, piensa y sufre como una mujer. Cae en un profundo abismo donde le atormentan los recuerdos que sólo sirven para acentuar su desdichada situación y confirmarle que está irremediamente sola.

Luis Darío la ve crecer desde la distancia, mientras se transforma en un hombre favorecido por el amor de las mujeres. Disfruta de todas las que se cruzan en su camino, sin comprometerse seriamente con ninguna (similitud con la promiscua vida de Florentino Ariza). Seduce a las jóvenes indígenas, a las muchachas del pueblo, a sus primas y a las amigas de éstas, y muchas de ellas se van «contentas, con un hijo en la barriga». Pero, Luis Darío ama sólo a una: Isaura, «la del vestido blanco de organdí,

medias de niña y su pelo suelto y rizado».

Estalla la guerra del Chaco y Luis Darío se enrola en el ejército. Tiene 24 años. Díscolo y osado, critica a sus superiores, le abren consejo de guerra y condenan a muerte, pero se libra del pelotón de fusilamiento porque el comandante le indulta en homenaje al difunto hermano mayor del reo, que había sido su mejor amigo. También fallece el padre de Isaura y esta muerte es interpretada como un signo de liberación, la «clave» para vivir, para cumplir con los rituales de «lo vivo». Ahora, Isaura está plenamente convencida de que su fogosa vitalidad sensual la ha heredado de su madre:

¿Qué fue lo que hiciste, madre -como mujer- para que yo sea una hambrienta de sentir el mundo? Mi padre no puso nada. Es tan distinto a mí y a ella, no puso nada.

Parte de la «clave» es iniciarse en prácticas esotéricas para lograr el dominio del cuerpo y de la mente, despertando entre la servidumbre sospechas de brujería y, con la propagación de esos rumores, la gente comienza a atribuirle extraños poderes. Su hermana Inés se casa y muere al dar a luz a una niña que llevará su mismo nombre. En esta ocasión, Isaura y su cuñado José Alejandro se refocilan con juegos de sensaciones prohibidas. Inés, ajena a esas afrentas, le ha pedido a su hermana que se haga cargo de la huerfanita: «¿quién mejor que tú?» Isaura y José Alejandro se entregan, a continuación, a una desmandada relación amorosa que legitiman, después, con el matrimonio, al quitarse el luto en el primer aniversario de la muerte de Inés. Y aquí sobreviene lo inesperado: el matrimonio echa agua fría sobre la hoguera:

Parecía que el embrujo de lo prohibido hubiera sido lo que sustentaba aquella fiebre. Las letras de la partida de matrimonio que autorizaban la realización de los ritos del placer, cuerpo a cuerpo, habían exorcizado el placer.

¿Qué ocurrió con la separación de Isaura y Luis Darío? Fue cosa del destino. En sueños, Isaura, antes de casarse con el cuñado viudo, escuchaba una voz que le decía:

No temas vivir con José Alejandro. Al verdadero hombre de tu vida, ya lo conoces, pero jamás podrás tener su cuerpo ni su amor hasta que cumplas cincuenta años.

La espera de ese momento se torna inacabable, una eternidad en medio de la cual, empero, Isaura -como Luis Darío- disfruta de los placeres que ofrecen los sentidos, sin aflicción ni el menor reproche de conciencia, porque al entregarse a cualquier otro hombre lo hace «pensando» en Luis Darío. Le dedica la escritura de sus ansiedades y experiencias. Le busca y le encuentra en la Colina del pueblo con su más fértil imaginación, en su más intenso sueño de amor, y le brinda, en un ritual de palabras, el sexo que no puede darle materialmente; a cambio, le describe detalladamente su intimidad erótica, como una firme promesa para el verdadero encuentro, «cuando tenga cincuenta años».

La predicción del sueño se cumple. José Alejandro muere. Llega entonces hasta Isaura el hombre «cifra y signo» de su vida, para reanudar el amor en el punto en que lo habían abandonado, cuando los separó el padre de ella. No importa la edad, porque -dice Isaura- ellos se mantuvieron «intactos en alguna dimensión, que era la nuestra, para ofrecernos al borde del fin».

Tercera similitud con «El amor en los tiempos del cólera»: Isaura asegura que, pese a su licenciosa existencia, ha conservado para Luis Darío su amor impoluto:

Permanecí la vida entera cuidándolo, detrás de distintas máscaras y disfraces. Para no herirlo, para resguardarlo de cualquier contaminación, lo escondí en el fondo de todas las cajas del dolor, en un cofre invisible...

De pronto siento que estoy unida a ti por lo esencial, por lo que sin herir puede tomarse, por todo el derecho de haberte esperado y deseado casi toda la vida. Si hubiésemos andado juntos, habiéramos gastado el amor y no estuviéramos vibrando, reconociéndonos en la piel, en el cuerpo, con los ojos abiertos y con los ojos cerrados.

Al beber el elixir del encuentro, los amantes liberan sus ángeles y demonios, pero en ese acto emancipador - o conjugación del bien y el mal- no pueden distinguir claramente si el desborde de sus sentidos se debe al inconmensurable disfrute de un placer largamente esperado o a la implacable presencia de la muerte: «al borde del fin», había dicho poco antes Isaura.

En esta novela se tocan constantemente los extremos del bien y del mal del erotismo y del amor; de la cruda realidad y de las quimeras; de la niñez y la vejez; de la inocencia y la malicia; de la bondad y la perversidad; lo material y lo espiritual; lo sublime y lo grotesco. Todos los extremos imaginables se juntan, en una especie de ceremonia ritual destinada a la exaltación de la vida sensual. Tal vez pueda deducirse también, del contenido de esta obra, un mensaje parecido al sabio consejo socrático: «Nosce te ipsum». Para eso, encuentra tu ángel y tu demonio.